

# Sangre de la tierra. Ovidio y el vino\*

Esteban BÉRCHEZ CASTAÑO  
*IES La Morería de Mislata (Valencia)*  
estebanberchez@yahoo.es

## *Resumen*

Se analiza a lo largo del trabajo el potente y efectivo elemento narrativo que supone el vino en la producción de Ovidio. En sus obras de juventud aparece esta bebida como elemento apropiado a los juegos eróticos, como desinhibición de la vergüenza y como cura contra el mal de amores. En sus obras de madurez (*Metamorfosis* y *Fastos*), el vino se reduce a su uso en determinados rituales y a su vinculación con Baco. Finalmente, en las obras de vejez, las del destierro, el vino aparece por un lado como un bonito recuerdo de su vida pasada y, por otro, como elemento de desasosiego.

## *Abstract*

This study discusses the significance of references to wine in the narrative elements of Ovid's literary output. In his youthful works, this drink appears as a cure for love and, because of its role in lowering inhibitions, as a stimulus for erotic games. In his mature works (*Metamorphoses* and *Fasti*), symbolic references appear almost exclusively in connection with certain rituals and are linked to Bacchus. Finally, in his late works in exile, wine appears to have a twofold significance, both as a fond memory of his past life and to symbolise an element of restlessness.

*Palabras clave: Baco, merum, Ovidio, vino.*

*Keywords: Bacchus, merum, Ovid, wine.*

\* Este trabajo se inscribe dentro de los proyectos financiados por el Ministerio de Economía y Competitividad FFI2013-41056-P y FFI2015-63738-P. Parte de este trabajo se expuso en el curso *Bimilenario de Ovidio: Otro Patrimonio a conservar. Artes y arquitectura, ciudad y paisaje recreados desde la poesía*, celebrado en la Escuela de Patrimonio Histórico de Nájera (La Rioja) del 30 de marzo al 1 de abril de 2016.

“Sangre de la tierra”, sugerentes palabras con las que Plinio (*nat.* XIV 58), autor romano del s. I d.C., alude al vino, un elixir apreciado en multitud de culturas por sus cualidades<sup>1</sup>: es idóneo para libaciones y sacrificios, tiene buen sabor, produce alegría, infunde valor, suaviza los ásperos caracteres, quita penas, cura enfermedades y da longevidad<sup>2</sup>. “¿Qué no consigue —se pregunta el poeta Horacio— la ebriedad? Divulga secretos, confirma esperanzas, da fuerzas al cobarde para el combate, aligera la carga de las angustiadas almas, adiestra en las artes. ¿Quién no se vuelve elocuente con unas copas? ¿Quién no alivia su extrema pobreza?”<sup>3</sup>. El vino era en la Antigüedad lo que hoy en día es el alcohol en general: se puede saborear —algo propio de la gente de una cierta madurez— o se puede beber con la mera finalidad de desinhibir, alegrar o hacer olvidar, como hacen los jóvenes.

Mucho de lo que envolvía al vino entonces, sin embargo, dista de la actualidad. Aromas primarios, secundarios y terciarios, retrogusto, taninos, buqué... son términos enológicos que en Roma no tenían razón de ser, principalmente porque lo habitual era colar el vino y después mezclarlo con agua, además en una proporción bastante mayor de agua —¡templada o caliente!— que de vino, facilitando así que la fiesta se alargara. Mas esto no desmerecía la buena calidad y fama de algunos vinos como el de Falerno, Cales y el másico (los tres de Campania) o el céculo (del sur del Lacio; *Plin. nat.* XIV 68; Luisi 2004: 135-6). El vino puro, sin mezclar, se llamaba *merum*, se utilizaba para los rituales religiosos, y beberlo se consideraba algo propio de bárbaros, de personas lascivas y poco recomendables o de borrachos empedernidos (*Mart.* I 11; VI 89; *Plin. nat.* XIV 140). Como veremos más adelante, Ovidio aconsejará servirse de este vino para emborrachar al marido de la muchacha a la que se quiere conquistar.

1. Los vinos de Italia eran muy valorados, hasta el punto de que a esta región, de hacer caso a Servio (*Aen.* I 532), se la llegó a llamar *Oenotria* “la tierra del vino” (*dicta est a uino optimo*). Isidoro (*etym.* XX 3,2), con su a veces estrafalario olfato etimológico, afirma que el vino se llama así “porque su consumo llena rápidamente las venas con su sangre” (*quod eius potus uenas sanguine cito repleat*).

2. De hecho cuando el emperador Augusto le preguntó a Polión Romilio el secreto de su longevidad, pues había cumplido cien años, este sin dudarle se prestó a decirle: “Dentro con vino, fuera con aceite”, es decir, el alma con vino y el cuerpo con aceite (*Plin. nat.* XXII 114: “*intus mulso, foris oleo*”; Harto Trujillo 1996: 278).

3. *Hor. epist.* I 5,16-20: *Quid non ebrietas dissignat? Operta recludit, / spes iubet esse ratas, ad proelia trudit inertem, / sollicitis animis onus eximit, addocet artis. / Fecundi calices quem non fecere disertum, / contracta quem non in paupertate solutum?* (cf. *Hor. od.* III 21). El vino en el contexto del banquete tiene una importante presencia en toda la obra de Horacio, en especial en sus *Odas* y *Epístolas* (Davis 2007).

Son innumerables las referencias a esta bebida que encontramos en la literatura grecorromana y muchas de ellas, sobre todo las poéticas y epigráficas, se asocian al buen vivir: “El vino alegra el corazón de los hombres”<sup>4</sup>. El vino es patrimonio de los vivos, de lo terrenal y, por tanto, digno de ser disfrutado porque tarde o temprano la muerte a todos llega. El tiempo que tenemos hay que aprovecharlo y qué mejor modo que comiendo, bebiendo y gozando de buena compañía. “Comamos, bebamos, disfrutemos: ningún placer hay después de la muerte”, reza un refrán latino<sup>5</sup>. Incluso el *carpe diem* horaciano está extraído del contexto simposial, al igual que el *Nunc est bibendum* “Ahora hay que beber” (Hor. *od.* I 11,8; 37,1; Sandei 2008: 5). Pero más llamativo aún es que en las inscripciones funerarias se incite a los vivos a disfrutar de los placeres de la vida en los siguientes términos: “Los baños, el vino y Venus corrompen nuestros cuerpos, pero la vida la hacen los baños, el vino y Venus” o “Come, bebe, juega, ven”<sup>6</sup>.

El vino es algo social, algo que se comparte. De hecho el término griego *symposion* (συμπόσιον) significa “beber en compañía o conjuntamente” y *comissatio* (del griego κόμιος) es el término latino para designar la fiesta después de la cena que incluye vino, cantos y danzas. Cicerón llega a decir (Weeber 2005: 94):

*Mihi quidem in uita seruanda uidetur illa lex, quae in Graecorum conuiuuiis optinetur: 'aut bibat' inquit 'aut abeat.' Et recte. Aut enim fruatur aliquis pariter cum aliis uoluptate potandi aut, ne sobrius in uiolentiam uinolentorum incidat, ante discedat*

Me parece que en la vida hay que guiarse por aquella ley que rige en los banquetes griegos y que dice: “Que beba o que se vaya”. Y dice bien, pues o uno disfruta del placer de beber con otros o se va antes de que, sobrio, caiga en medio del salvajismo de los borrachos (Cic. *Tusc.* V 41,118)

4. *Vulgata*, Salmo 103,15: *Vinum laetificat cor hominis*. Este y otros proverbios sobre el vino son recogidos por Tosi (2013: 345).

5. *Edamus, bibamus, gaudeamus: post mortem nulla uoluptas*.

6. *CIL VI 15258: Balnea, uina, Venus corrumpunt corpora nostra/ sed uitam faciunt balnea, uina, Venus; CIL II 1434; 1877; 2262: Es, bibe, lude, ueni* (cf. Hernández Pérez 2001: 265-74; Sandei 2008: 8). Hablar de la muerte en un banquete era algo habitual. En el *Satiricón* Petronio ofrece un excelente ejemplo de un banquete, en el que las alusiones a la muerte son constantes: el anfitrión Trimalción afirma “¡ay! —dijo— el vino vive mucho más tiempo que el pobre ser humano. Por lo tanto procuremos beber. El vino es vida” (Petr. *sat.* 34: “*Eheu*” inquit “*ergo diutius uiuit uinum quam homuncio. Quare tangomenas faciamus. Vinum uita est*”); y uno de sus comensales, el noble Seleuco, dice: “¡ay, ay! Vamos de un sitio a otro como odres hinchados. Somos menos que las moscas, pues mientras ellas poseen alguna virtud, nosotros no somos más que burbujas” (Petr. *sat.* 42: *Heu, eheu. Vtres inflati ambulamus. Minores quam muscae sumus, muscae tamen aliquam uirtutem habent, nos non pluris sumus quam bullae*).

En Roma no se da la imagen literaria de alguien disfrutando en soledad de una buena copa de vino, pues este solo adquiere sentido cuando se toma en compañía. Y esta es la clave para entender el papel que ejerce esta bebida en Ovidio, pues al pasar de la popularidad más apabullante al retiro más absoluto debido al destierro, el vino se alza como potente y efectivo elemento narrativo.

Ovidio es especial a la hora de manejar los tiempos y los espacios y de combinarlos en aras de su quehacer poético. En pocos autores romanos se puede observar la evolución de una persona en el arte compositivo, con la nitidez que los versos ovidianos permiten. Y acaso lo más llamativo de ese desarrollo sea cuando toma elementos comunes, cotidianos, y los dota de singularidad en función de sus necesidades artísticas, atribuyéndoles la capacidad de reflejar sus propios sentimientos, sus estados anímicos. Esto no es una singularidad de Ovidio, pero llevarlo al extremo, a las cosas más sencillas e inesperadas, sí. Lo hace —como también muchos otros escritores— con el paisaje, pues Sulmona y Roma se muestran metafóricamente como los Campos Eliseos, y Tomis, su lugar del destierro, como el Hades, un lugar abominable. Lo hace también con la forma y decoración de su libro: sus primeras obras están pulidas con la piedra pómez y la del destierro, *Tristezas*, es enviada a Roma sin ornato alguno, *incultus*, “como le conviene a un exiliado” (*trist.* I 1,3: *qualem decet exulis*). Hasta lo hace con las flechas, que antes, en su juventud, eran de amor, arrojadas por Cupido, y en el destierro están untadas con veneno de serpiente y son lanzadas por infinidad de pueblos bárbaros. E incluso —y aquí radica parte de su originalidad— lo hace con el vino. Todas las referencias al vino que se encuentran esparcidas por sus versos actúan como espejo de su vida en un momento y lugar concretos (Luisi 2004: 133).

En sus obras de juventud, las amatorias (*Amores*, *Arte de amar*, *Remedios contra el amor* principalmente), el vino aparece con una triple intención: primero como un elemento idóneo para el juego erótico y el flirteo; en segundo lugar como desinhibición de la vergüenza e, incluso, como una cura contra el mal de amores; y en tercer lugar como símbolo de la poesía elegíaca. En sus obras de madurez, las mitológicas y etiológicas (*Metamorfosis* y *Fastos*), el vino se reduce a su uso en determinados rituales y a su vinculación con Baco, el dios que lo inventó. Finalmente, en las obras de vejez, las del destierro (*Tristezas*, *Cartas desde el Ponto* e *Ibis*), el vino emerge por un lado como un bonito recuerdo de su vida pasada y, por otro, como elemento de desasosiego. Se observa, por tanto, el paso de una visión lúdica, acorde con la juventud —y presente en otros poetas, sobre todo elegíacos—, a una reflexiva y nostálgica, en consonancia con sus problemas. Veamos ahora los principales usos poéticos del vino que emplea Ovidio.

### 1. *El vino como aliado del amante ante la puerta de la amada*<sup>7</sup>

Ovidio llega un poco embriagado a casa de su amada y se ve con fuerzas para sortear cualquier obstáculo, porque va acompañado del dios Amor y un poco borracho, estado idóneo para evitar la timidez y sacar fuerzas. El poema desarrolla el tema del *exclusus amator* o la súplica que el poeta le dirige a su amada ante la puerta cerrada (*paraclausíthyron*) y en menor medida el tema de la *militia amoris*, o la comparación del arte de amar con el arte de la guerra:

*Non ego militibus uenio comitatus et armis;  
solus eram, si non saeuus adesset Amor.  
Hunc ego, si cupiam, nusquam dimittere possum;  
ante uel a membris diuidar ipse meis.  
Ergo Amor et modicum circa mea tempora uinum  
mecum est et madidis lapsa corona comis.  
[...]*

*Nox et Amor uinumque nihil moderabile suadent;  
illa pudore uacat, Liber Amorque metu*

No vengo acompañado de soldados ni armas. Estaría solo, si no fuera por la presencia del cruel Amor. Jamás podría, aunque así lo quisiera, alejarlo de mí, antes me tendrían que descuartizar. Así que conmigo está Amor, un poco de vino dándome vueltas en la cabeza y una corona que se desliza por mis perfumados cabellos<sup>8</sup>. [...] La noche, Amor y el vino no me aconsejan moderación alguna, pues aquella carece de vergüenza, Baco y Amor de miedo (Ou. *am.* I 6,33-8 y 59-60)

### 2. *El vino y el amor en los banquetes*

En su *Arte de amar*, Ovidio da multitud de consejos a los jóvenes para buscar, obtener y retener a la mujer que desean, esté casada o no. Uno de los lugares más idóneos para encontrar muchachas a las que amar son los banquetes que, en la época del poeta, ya habían perdido la rigidez de antaño y ahora estaban abiertos a infinidad de perniciosos y libidinosos juegos, así como a una gran multitud de comensales, saltándose lo habitual de tres como mínimo y nueve

7. Este y otros tópicos del vino vinculados con la poesía amatoria son tratados en Harto Trujillo (1996) y Socas (2011).

8. Muchos de los comensales adornaban sus cabezas con coronas de hiedra o flores porque pensaban que de esa forma se rebajaban los efectos del vino (Guillén 1986: 274).

como máximo<sup>9</sup>: que el número, dice Macrobio (s. V d.C.), “no sea menor que las Gracias, ni mayor que las Musas”<sup>10</sup>. Además, el banquete constituía uno de los momentos más importantes para un romano, ya que no consistía solo en comer y beber, sino que había todo tipo de juegos y espectáculos —adivinanzas, sorteos, malabares, recitales, bailes, mimos...— y podía durar de ocho a diez horas (Carcopino 1998: 339). El comediógrafo Terencio (s. II a.C.) recuerda la perfecta simbiosis de comida, vino y amor con su frase, convertida en proverbio, “Sin Ceres y Baco se enfría Venus” y el propio Ovidio, en la misma línea, afirma “un día de fiesta incita a Venus, al canto y al vino”<sup>11</sup>.

Uno de los aliados de los “cazadores nocturnos” era, sin duda, el vino, tanto el que ellos mismos podían beber para envalentonarse como el que podían consumir las mujeres, pues ya advertían los antiguos del efecto relajante del vino en cuanto a las estrictas costumbres de las esposas se refiere. De hecho Rómulo, el fundador de Roma, llegó a permitir que se castigara con la muerte a aquellas mujeres que habían bebido vino, porque consideraba la embriaguez como principio de adulterio (Dion. Hal. II 25,6). Y hasta tal punto los maridos estaban preocupados por este asunto que se creó una ley (*ius osculi*), según la cual la esposa debía darle un beso a su marido —y a algunos parientes también— para que este comprobara si había bebido vino a escondidas (Plin. *nat.* XIV 90; Bettini 1995: 224; Angela 2015: 31-2)<sup>12</sup>. Jerónimo en su libro *Cómo conservar la virginidad* (*De uirginitate seruanda*), llega a decir “las jovencitas deben huir del vino como

9. Ilustrativo nos parece que uno de los temas más recurrentes en las paredes de los comedores (*triclinia*) era precisamente la mitología y, más concretamente, aquellos mitos en los que se representaba una escena de amor —permitido o no, con final feliz o catastrófico—, por ejemplo, Narciso, Baco y Ariadna, Venus y Marte, Polifemo y Galatea, Perseo y Andrómeda... (Ling 1995: 247-9), y que dan buena cuenta de la vinculación en Roma entre la comida, la bebida y el amor.

10. Macr. *Sat.* I 7,12: *ut neque minor quam Gratiarum sit, neque quam Musarum numerosior*. No es casualidad que el pintor Thomas Couture escogiera —de un modo quizá no demasiado realista— como motivo para mostrar la decadencia de Roma un banquete (*Los romanos de la decadencia*, 1847, Musée d’Orsay, París).

11. Ter. *Eun.* 732: *sine Cerere et Libero friget Venus*; Ou. *am.* III 10,47: *festas dies Veneremque uocat cantusque merumque* (cf. García Romero 2016:111-7). Curiosamente Ovidio, en *Fastos* (I 295-303), a las primeras personas que estudiaron las estrellas o ascendieron hasta ellas les atribuye la cualidad de alejarse de *uitia* como Venus y el vino, los juicios o la milicia.

12. Las mujeres, al igual que los esclavos, podían beber vinos denominados “secundarios” por no estar fermentados como *lora*, hecho con los granos de la uva, o *murina*, un tipo de vino de orujo (Real Torres 1992: 308).

del veneno, no sea que por la ferviente fogosidad de su edad beban y perezcan”<sup>13</sup>. En la época del Principado actos sociales como el banquete ya no estaban tan encorsetados y que una muchacha bebiera un poco de vino e incluso que se diera a juegos amorosos era algo habitual (Roller 2003). Horacio, uno de los poetas más apreciados por Augusto, llegó a decir: “Es propio de mujeres desgraciadas no darse al juego del amor y no aligerar sus penas con el dulce vino”<sup>14</sup>. Ovidio describe los estragos del vino en los banquetes con los siguientes versos:

*Dant etiam positis aditum conuiuia mensis:  
est aliquid praeter uina, quod inde petas.  
Saepe illic poti teneris adducta lacertis  
purpureus Bacchi cornua pressit Amor:  
uinaque cum bibulas sparsere Cupidinis alas,  
permanet et capto stat grauis ille loco.  
Ille quidem pennas uelociter excutit udas:  
sed tamen et spargi pectus amore nocet.  
Vina parant animos faciuntque caloribus aptos:  
cura fugit multo diluiturque mero.  
Tunc ueniunt risus, tum pauper cornua sumit,  
tum dolor et curae rugaque frontis abit.  
Tunc aperit mentes aeuo rarissima nostro  
simplicitas, artes excutiente deo.  
Illic saepe animos iuuenum rapuere puellae,  
et Venus in uinis ignis in igne fuit.  
Hic tu fallaci nimium ne crede lucernae:  
iudicio formae noxque merumque nocent*

También los banquetes, cuando las mesas están ya puestas, ofrecen una ocasión idónea: de ellos puedes obtener alguna que otra cosa además de vino. A menudo en ellos el purpúreo Amor sujeta con sus tiernos brazos los cuernos del borracho Baco y cuando el vino salpica las sedientas alas de Cupido, se queda quieto y permanece aletargado en aquel lugar. Sacude rápidamente sus mojadas alas, pero las gotas que esparce hieren de amor el corazón. El vino dispone los ánimos y los hace más adecuados para los acaloramientos: la preocupación desaparece y se diluye en el abundante vino. Entonces surgen las risas, el tímido se envalentona, el dolor, las preocupaciones y las arrugas de la frente se esfuman. Entonces la sinceridad, tan poco frecuente en nuestra época, abre las mentes y la divinidad las aleja de la hipocresía. A menudo allí

13. *Apud Isid. etym.* XX 3,2: *Adulescentulas ita uinum debere fugere ut uenenum, ne pro aetatis calore feruenti bibant et pereant.*

14. *Hor. od.* III 12,1-2: *Miserarum est neque amori dare ludum neque dulci mala/ uino lauere.*

las muchachas cautivan el espíritu de los jóvenes y Venus entre el vino ha sido fuego en el fuego que ya había. En ese momento no tengas demasiada confianza en la engañosa luz del candil: la noche y el vino te perjudican para juzgar la belleza (Ou. *ars* I 229-46)

Como hemos podido ver al final del texto aducido, el exceso de vino —así como la noche y la poca luz— hace que el hombre no aprecie adecuadamente la belleza, pero ¿y si es la mujer la que se pasa de la raya bebiendo? En el tercer libro del *Arte de amar*, en el que Ovidio adiestra a las mujeres en este arte, les aconseja guardar la compostura en los banquetes y no excederse ni en la comida ni en la bebida, pues puede conllevar consecuencias muy dañinas:

*Carpe cibos digitis: est quiddam gestus edendi:  
ora nec immunda tota perungue manu.  
Neue domi praesume dapes, sed desine citra  
quam capis; es paulo quam potes esse minus;  
Priamides Helenen auide si spectet edentem,  
oderit, et dicat 'stulta rapina mea est.'  
Aptius est, deceatque magis potare puellas:  
cum Veneris puero non male, Bacche, facis.  
Hoc quoque, qua patiens caput est, animusque pedesque  
constant: nec, quae sunt singula, bina uide.  
Turpe iacens mulier multo madefacta Lyaeo:  
digna est concubitus quoslibet illa pati.  
Nec somnis posita tutum succumbere mensa:  
per somnos fieri multa pudenda solent*

Coge la comida con la punta de los dedos —hay cierta elegancia en el comer—, y no te pringues toda la cara con la mano sucia. No te des un festín antes en casa, sino que abstente de darte un atracón; come un poquitín menos de lo que puedas. Si el hijo de Príamo contemplara a Helena comiendo con ansia, le repugnaría y diría “¡Menudo rapto tonto he hecho!”. Es más apropiado y conveniente para las muchachas la bebida: Baco, tú no haces malas migas con el hijo de Venus. Esto hay que hacerlo mientras la cabeza lo aguante, el juicio y los pies se mantengan firmes y no llegues a ver doble. Es vergonzoso ver por los suelos a una mujer borrachísima por tanto vino. Se merece que cualquiera se aproveche de ella. Tampoco es seguro quedarse dormida en la mesa<sup>15</sup>: mientras se duerme suelen suceder muchas cosas indecentes (Ou. *ars* III 755-68)

15. Sobre el sueño que provoca el vino: Ou. *fast.* I 421; II 333; VI 681.

Después de describir la idoneidad para encontrar el amor en los banquetes, pasa Ovidio a tratar cómo deben los hombres comportarse en ellos y hace especial hincapié en las cantidades de vino que se debe tomar, en las ventajas que aporta y en los posibles juegos amorosos a los que da lugar (cf. *Ou. am. I 4*)<sup>16</sup>:

*Ergo ubi contigerint positi tibi munera Bacchi,  
atque erit in socii femina parte tori,  
Nycteliumque patrem nocturnaue sacra precare,  
ne iubeant capiti uina nocere tuo.  
Hic tibi multa licet sermone latentia tecto  
dicere, quae dici sentiat illa sibi:  
blanditiasque leues tenui perscribere uino,  
ut dominam in mensa se legat illa tuam:  
atque oculos oculis spectare fatentibus ignem:  
saepe tacens uocem uerbaque uultus habet.  
Fac primus rapias illius tacta labellis  
pocula, quaque bibet parte puella, bibas:  
et quemcumque cibum digitis libauerit illa,  
tu pete, dumque petis, sit tibi tacta manus.  
Sint etiam tua uota, uiro placuisse puellae:  
utilior uobis factus amicus erit.  
Huic, si sorte bibes, sortem concede priorem:  
huic detur capiti missa corona tuo.  
Sive erit inferior, seu par, prior omnia sumat:  
nec dubites illi uerba secunda loqui.  
Tuta frequensque uia est, per amici fallere nomen:  
tuta frequensque licet sit uia, crimen habet.  
[...]  
Certa tibi a nobis dabitur mensura bibendi:  
officium praestent mensque pedesque suum.  
Iurgia praecipue uino stimulata caueto,  
et nimium faciles ad fera bella manus.  
Occidit Eurytion stulte data uina bibendo;  
aptior est dulci mensa merumque ioco.  
Si uox est, canta: si mollia brachia, salta:*

16. Nótese que Ovidio menciona el vino sobre todo en el primer libro del *Arte de amar*, que es donde adoctrina a los jóvenes para encontrar una mujer a la que amar y donde enumera los lugares en el que hay concurrencia de mujeres, como por ejemplo en los banquetes. En el segundo libro, que es donde habla de cómo retener a la amada el vino apenas se menciona, pues su función principal reside, según el poeta, en la ayuda que ofrece para conseguir a la muchacha deseada.

*et quacumque potes dote placere, place.  
 Ebrietas ut vera nocet, sic ficta iuuabit:  
 fac titubet blaeso subdola lingua sono,  
 ut, quicquid facias dicasue proteruius aequo,  
 credatur nimium causa fuisse merum.  
 Et bene dic dominae, bene, cum quo dormiat illa;  
 sed, male sit, tacita mente precare, uiro.  
 At cum discedet mensa conuiuia remota,  
 ipsa tibi accessus turba locumque dabit.  
 Inserere te turbae, leuiterque admotus eunti  
 uelle latus digitis, et pede tange pedem*

Entonces cuando te sirvan los dones de Baco y te haya tocado una mujer en el lecho de al lado, suplica al padre Nictelio (i.e. Baco) y a sus rituales nocturnos que no permita que el vino se te suba a la cabeza. En ese momento no tengas reparo en hablar de muchas cosas ocultándolas en el doble sentido: se dará cuenta de que van dirigidas a ella. Podrás también escribir sencillos piropos con un poco de vino en la mesa donde ella lea que es tu dueña y podrás mirar sus ojos con tus ojos ardientes de pasión. A menudo el rostro que calla tiene voz y palabras<sup>17</sup>. Procura ser el primero en coger el vaso que ella ha tocado con sus delicados labios y en beber por aquella parte por la que ha bebido ella. Cualquier comida que haya tocado ligeramente con sus dedos, apresúrate a cogerla y, mientras la coges, roza su mano. Intenta también caerle bien al marido de tu amada: será un amigo muy útil para ti. Si te toca en suerte beber, concédele a él ser el primero en hacerlo y dale la corona destinada a tu cabeza<sup>18</sup>. Sea inferior a ti, o un igual, que sea el primero en coger de todo y no dudes en seguirle la corriente. Es un método adecuado y habitual engañar con la excusa de la amistad. Pero aunque sea un método adecuado y habitual no deja de ser juego sucio<sup>19</sup>. [...] Yo te proporcionaré la medida justa para beber: mientras tu cabeza y tus pies cumplan con su cometido. Cuidado sobre todo con las

17. Este tipo de juegos de miradas era algo habitual como demuestra una inscripción encontrada en un comedor de Pompeya, que dice: “Aparta tus miradas lascivas y tus cariñosos ojillos de la mujer de otro y que el pudor se encuentre en tus labios” (CIL IV 7698: *Lasciuos uoltus et blandos aufer ocellos/ coniuge ab alterius sit tibi in ore pudor*; Dalzell 1996: 192).

18. En los banquetes, o más bien en la *comissatio* o sobremesa, se lanzaban unos dados para elegir a quién le tocaba en suerte ser el rey del banquete (*rex conuiui*) o árbitro del beber (*arbiter bibendi*) para decidir cuándo beber, qué cantidad de agua emplear en la mezcla e incluso qué distracciones y juegos se debían hacer (Hor. *od.* II 7,25-6; Guillén 1986: 274-5; Davis 2007: 210-1).

19. En *Amores* (I 4,51-2) le pide Ovidio a la mujer con la que se ha encariñado en un banquete que le añada vino puro a su marido para así atontarlo y que baje la guardia en la vigilancia de su esposa.

disputas que provoca el vino y con tener los puños demasiado dispuestos a una bronca brutal. Éurito murió de una forma estúpida al beber el vino al que le habían invitado<sup>20</sup>. La mesa y el vino son más adecuados para los juegos amorosos. Si tienes voz, canta; si tienes unos brazos ágiles, baila; y si puedes gustar a los demás con alguna virtud, hazlo. La embriaguez si es real, te puede hacer daño, pero si es fingida, te ayudará: haz que tu astuta lengua titubee con balbuciente voz para que lo que hagas o digas más de lo conveniente se crea que lo ha producido el exceso de vino. Y brinda a la salud de tu amada<sup>21</sup> y a la salud de quien duerma con ella, pero, para tus adentros, deséale lo peor a su marido. Cuando se recoja la mesa y los invitados se marchen, esa misma multitud te dará la ocasión y el lugar. Métete en esa multitud y acercándote a tu amada con sigilo pellízcale un costado y con tu pie roza el suyo (Ou. *ars* I 565-606)

Muchos años después, Goethe emula al poeta de Sulmona en sus *Elegías Romanas* (1795) al narrar los juegos eróticos en un banquete (Weeber 2011: 50):

Ocupaba allí nuestra mesa un grupo de alemanes amigos;  
 buscó sitio cerca de ella junto a su madre mi niña,  
 corrió varias veces el banco y lo hizo de tal manera  
 que podía ver la mitad de su rostro, y su nuca completa.  
 Hablaba más fuerte de lo que suelen hacer las romanas, sirvió,  
 volvió hacia mí su mirada, y fuera del vaso echó el vino.  
 Éste corrió por la mesa, pero ella, con su fino dedo,  
 en la plancha de madera trazó con el líquido círculos,

20. Éurito era un centauro, ser mitológico de naturaleza violenta, que, tras haber ingerido grandes cantidades de vino, intentó raptar a Hipódame, la novia de Pirítoo, en su propia boda, causando la famosa batalla entre centauros y lapitas (cf. Hor. *od.* I 18,7-9; Verg. *georg.* II 454-7). De este suceso dice Ovidio (*met.* XII 219-21): “Pues a ti, Éurito, el más salvaje de los salvajes centauros, te arde el corazón tanto por el vino como por la doncella que contemplas, y te gobierna una embriaguez duplicada por el deseo sexual” (*nam tibi, saeuorum saeuissime Centaurorum./ Euryte, quam uino pectus, tam uirgine uisa/ ardet, et ebrietas geminata libidine regnat*). El vino en grandes cantidades puede acarrear consecuencias nefastas. Ovidio achaca a una borrachera la discusión que Sexto Tarquinio y Colatino tuvieron sobre la castidad de sus respectivas esposas y que desembocó en la famosa violación de Lucrecia: “Cada uno alaba a su esposa. La disputa sube de tono con el entusiasmo de cada uno y con tanto vino se excitan las lenguas y los corazones” (Ou. *fast.* II 731-2: *quisque suam laudat: studiis certamina crescunt, et feruet multo linguaque corque mero*).

21. Era costumbre en los brindis, como bien nos transmite Marcial (I 71), beber una copa por cada letra que contenía el nombre de la amada (*bibere nomen*; Sandei 2008: 7). Si se deseaba brindar por todos los asistentes se solía gritar *Feliciter!* o *Bene omnibus nobis!* (Guillén 1986: 277).

mi nombre enlazó con el suyo; yo contemplaba  
 todo el tiempo anhelante el dedito, y ella bien lo notaba.  
 Por fin trazó velozmente un cinco en cifras romanas  
 y un palito delante. Deprisa, en cuanto yo lo hube visto,  
 fue enlazando los círculos, borrando letras y cifras;  
 pero aquel precioso cuatro quedó grabado en mis ojos<sup>22</sup>.  
 Quedé sentado en silencio y me mordí el labio ardiente,  
 en parte por picardía y placer, por deseo en parte, hasta herirme.

*Elegías romanas XV*

Trad. Jesús Munárriz, Hiperión, Madrid 2008

Lo que Ovidio menciona en el *Arte de amar* con fines didácticos, ya lo había ejemplificado en *Cartas de Heroínas* con dos famosos personajes de leyenda. En efecto, en la epístola que Paris, príncipe de Troya, le envía a Helena, considerada la mujer más hermosa del mundo, se queja de las armas de seducción que emplea poniéndole celoso delante de su marido, Menelao, en un banquete:

*Heu facinus! Totis indignus noctibus ille  
 te tenet, amplexu perfruiturque tuo;  
 at mihi conspiceris posita uix denique mensa,  
 multaque quae laedant hoc quoque tempus habet.  
 Hostibus eueniant conuiuia talia nostris,  
 experior posito qualia saepe mero!  
 Paenitet hospitii, cum me spectante lacertos  
 inponit collo rusticus iste tuo.  
 Rumpor et inuidia —quid enim non omnia narrem?—  
 membra superiecta cum tua ueste fouet.  
 Oscula cum uero coram non dura daretis,  
 ante oculos posui pocula sumpta meos;  
 lumina demitto cum te tenet artius ille,  
 crescit et inuito lentus in ore cibus.  
 Saepe dedi gemitus; et te —lasciua!—notauit  
 in gemitu risum non tenuisse meo.*

22. Estos juegos visuales y obscenos recuerdan aquel priapeo (54) —poema erótico-festivo con el dios Priapo como argumento—: “Si escribes CD y le añades una lanza encima, te aparecerá un dibujo que te quiere partir en dos” (*CD si scribas temonemque insuper addas, / qui medium uult te scindere, pictus erit*). Escribir en la mesa con vino no era, sin embargo, algo exclusivo del flirteo. De hecho, en *Cartas de heroínas* (1,31-6), se cuenta cómo en un banquete se dibujó con vino algunos escenarios de la guerra de Troya (el río Símois, el palacio de Príamo, las tiendas de Aquiles y Ulises...); cf. Tibull. 1 10,31-2.

*Saepe mero uolui flammam compescere, at illa  
 creuit, et ebrietas ignis in igne fuit,  
 multaque ne uideam, uersa ceruice recumbo;  
 sed reuocas oculos protinus ipsa meos.  
 Quid faciam, dubito; dolor est meus illa uidere,  
 sed dolor a facie maior abesse tua.  
 Qua licet et possum, luctor celare furorem;  
 sed tamen apparet dissimulatus amor.  
 Nec tibi uerba damus; sentis mea uulnera, sentis!  
 Atque utinam soli sint ea nota tibi!  
 A, quotiens lacrimis uenientibus ora reflexi,  
 ne causam fletus quaereret ille mei!  
 A, quotiens aliquem narraui potus amorem,  
 ad uulnus referens singula uerba meum,  
 indiciumque mei ficto sub nomine feci!  
 Ille ego, si nescis, uerus amator eram.  
 quin etiam, ut possem uerbis petulantius uti,  
 non semel ebrietas est simulata mihi.  
 Proditae sunt, memini, tunica tua pectora laxa  
 atque oculis aditum nuda dedere meis,  
 pectora uel puris niuibus uel lacte tuamue  
 complexo matrem candidiora Ioue.  
 Dum stupeo uisis —nam pocula forte tenebam—  
 tortilis a digitis excidit ansa meis.  
 Oscula si natae dederas, ego protinus illa  
 Hermiones tenero laetus ab ore tuli.  
 Et modo cantabam ueteres resupinus amores,  
 et modo per nutum signa tegenda dabam*

¡Ay, qué crimen! Él [Menelao], sin merecerlo, te posee noches enteras y disfruta de tus abrazos. Y en cambio a mí, cuando por fin está la mesa puesta, apenas me miras. Esta situación también tiene momentos que hacen daño. ¡Que les caigan en suerte a nuestros enemigos banquetes como los que yo padezco a menudo cuando se sirve el vino! Me avergüenzo de la hospitalidad, cuando ese bruto que tienes por marido te pone sus brazos en el cuello delante de mí. Me desgarró por dentro y los celos crecen —¿por qué no voy a contarle todo?— cuando te acaricia tu cuerpo bajo el vestido. Cuando os dais sin reparos tiernos besos, cojo una copa y la pongo delante de mis ojos; aparto la mirada cuando él te abraza con fuerza, y la comida se me atraganta en mi inapetente boca. A menudo emito algún gemido y me doy cuenta de que tú, juguetona, no habías sido capaz de contener una sonrisa ante mi gemido. A menudo quise apagar con vino la llama, pero ella siguió creciendo y la ebriedad fuego en el fuego fue. Para no ver muchas de estas cosas, me recuesto con la cabeza girada, pero tú misma vuelves constantemente a llamar mi atención. ¿Qué es lo que puedo

hacer? No lo sé. Me causa dolor contemplar estas cosas, pero mayor es el dolor si no puedo verte. En la medida en que se me permite y soy capaz, lucho por ocultar mi pasión, pero se hace evidente el amor que pretendo disimular. No te engaño. ¡Y tú sientes mis heridas, las sientes! ¡Y ojalá sean evidentes solo para ti! ¡Ay, cuántas veces a punto de llorar me tapé la cara para que aquel no me preguntara el motivo de mi llanto! ¡Ay, cuántas veces conté, bebido, alguna historia de amor, dirigiendo cada una de mis palabras a tu rostro y bajo un nombre falso revelé mi propia situación! Aquel amante, por si no lo sabes, era en realidad yo. Incluso, para poder emplear las palabras con más descaro, más de una vez simulé estar borracho. Los pliegues de tu túnica, lo recuerdo bien, dejaron ver tus pechos que se me ofrecieron desnudos ante mis ojos; unos pechos más blancos que la nieve recién caída o que la leche, o que Júpiter cuando abraza a tu madre<sup>23</sup>. Absorto ante esta visión, cayó de mis dedos la curvada asa, pues sujetaba por casualidad una copa. Si le habías dado besos a tu hija, yo los recogía en seguida, feliz, de los tiernos labios de Hermíone. Y reclinado unas veces cantaba antiguos amores, otras con un gesto te mandaba señales furtivas (Ou. *her.* 16,215-58)

Helena le contesta a Paris con otra carta y, respecto a los reproches que le hace por su comportamiento en los banquetes, le dice:

*Illa quoque, adposita quae nunc facis, inprobe, mensa,  
quamuis experiar dissimulare, noto.  
Cum modo me spectas oculis, lasciuē, proteruis,  
quos uix instantes lumina nostra ferunt,  
et modo suspiras, modo pocula proxima nobis  
sumis, quaque bibi, tu quoque parte bibis.  
A, quotiens digitis, quotiens ego tecta notauī  
signa supercilio paene loquente dari!  
Et saepe extimui ne uir meus illa uideret,  
non satis occultis erubuique notis!  
Saepe uel exiguo uel nullo murmure dixi:  
'nil pudet hunc.' Nec uox haec mea falsa fuit.  
Orbe quoque in mensae legi sub nomine nostro,  
quod deducta mero littera fecit, amo*

También lo que haces ahora, descarado, cuando la mesa ya está puesta, lo noto aunque intentes disimularlo. No solo cuando me miras, lascivo, con tus insinuantes

23. Júpiter, según una de las leyendas que giran en torno al nacimiento de Helena, se transformó en cisne para poseer a Leda y de esa relación nacieron Cástor y Helena por un lado y Pólux y Clitemnestra por otro.

ojos, que fijos apenas soporta mi mirada, sino también cuando suspiras y cuando coges la copa que está más cerca de mí y bebes por el lado por donde yo he bebido. ¡Ay, cuántas veces observé que me mandabas señales ocultas con los dedos, cuántas veces con las cejas parecías hablarme! Y a menudo temí que mi marido se diera cuenta de estas señales y enrojecí ante las que no estaban del todo ocultas. A menudo dije en voz muy baja o imperceptible: “De nada se avergüenza”. Y no me equivocaba. Llegué a leer en el borde de la mesa, debajo de mi nombre, las siguientes palabras trazadas con vino: te amo (Ou. *her.* 17,75-88)

Incluso para la mentalidad actual puede sorprender que un poeta de la talla de Ovidio, que gozó de una enorme popularidad, hablara tan abiertamente y sin ningún tipo de reparo, de cómo yacer con la esposa de otro. Si bien la función principal de una esposa era la de tener hijos, la castidad —entendida como la fidelidad al marido— no era una cuestión baladí. En la época de Ovidio ya hemos insistido en que las viejas costumbres se habían ido relajando, pero todavía quedaban restos de la *pudicitia* de antaño —una cosa era hacer algo en contra del pudor y otra muy distinta vanagloriarse e incitar a ello—, y por eso el poeta recibió críticas, siendo la más contundente, por el castigo que conllevó, la del emperador Augusto. Ovidio en sus últimas obras dice en repetidas ocasiones que su relegación fue causada por un *carmen* ‘poema’ y un *error* ‘equivocación’ (*trist.* II 207). Sobre este último hay muchas conjeturas, pero sobre el *carmen* es el propio poeta el que lo identifica con el *Arte de amar*, que, si hemos de creer a Ovidio, fue retirado de las bibliotecas públicas. Pese a los casi diez años que distan desde la publicación de esta obra y el destierro, no es descabellado pensar que este manual no agradara demasiado a Augusto, por no amoldarse en absoluto a los *mores maiorum* que pretendía recuperar y a su voluntad de fortalecer la institución del matrimonio (Casinos Mora 2015: 58-9). Nada bien debieron, pues, de parecerle los continuos consejos que Ovidio —como hemos visto— daba a los jóvenes para que buscaran el amor en brazos de mujeres casadas y cómo engañar al marido. Crítica, por otra parte, de la que se defendió el poeta aduciendo que tan solo cantaba los amores permitidos y que no iba dirigido a las matronas romanas (*ars* III 27; 57-8; 613-4; *trist.* II 241-304), aunque como bien sostiene Socas Gavilán (1996: 97), parece “algo postizo” y estas alusiones de Ovidio “atienden más al que dirán y a la moralidad de las apariencias que a necesidades poéticas o convicciones profundas y sinceras del autor”<sup>24</sup>.

24. En el primer verso de la autobiografía poética que compone Ovidio desde el destierro y que dirige a la *Posteritas* se proclama “cantor de tiernos amores” (*trist.* IV 10,1: *tenerorum lusor amorum*) y curiosamente emplea el término *lusor*, como si se tratara de un divertimento. No parece, pues, que se arrepintiera demasiado de sus obras amatorias.

### 3. *El vino como cura del mal de amores*

Para curar el mal de amores aconseja Ovidio o no beber vino o beber mucho. Si bien el exceso de vino es visto por la mayoría como un inconveniente —convierte “en imbécil al sensato”, decía Teognis<sup>25</sup>, poeta griego del s. VI a.C.—, Ovidio da un giro de tuerca y ensalza sus virtudes para conseguir olvidar a la mujer que nos ha rechazado. Ya antes Tibulo (I 2,1-4), empujado acaso por su tono melancólico, había insistido en el poder del vino para hacer olvidar los amores frustrados (Luisi 2005: 166), pero lo había hecho como una necesidad para sí mismo. Ovidio, en cambio, se lo aconseja a otros. En su obra *Remedios contra el amor*, tras dar múltiples consejos a los amantes para superar una ruptura, deja en último lugar aquello que tiene que ver con esta bebida:

*Quid tibi praecipiam de Bacchi munere, quaeris?  
Spe breuius monitis expedire meis.  
Vina parant animum Veneri, nisi plurima sumas  
et stupeant multo corda sepulta mero.  
Nutritur uento, uento restinguitur ignis:  
lenis alit flammam, grandior aura necat.  
Aut nulla ebrietas, aut tanta sit, ut tibi curas  
eripiat; si qua est inter utrumque, nocet*

Me preguntas qué te sugiero sobre el don de Baco. Con más brevedad de la esperada te expondré mis consejos: el vino te predispone para Venus, siempre y cuando no bebas demasiado y tu corazón, aletargado con gran cantidad de él, se quede embotado. El fuego se aviva con el viento y con el viento se apaga. Un soplo moderado alimenta las llamas, uno más fuerte las consume. O no te emborraches o cógete una borrachera tan grande que consiga eliminar tus preocupaciones: cualquier estado entre uno y otro te va a perjudicar (Ou. *rem.* 802-10)

### 4. *El vino en rituales y festividades*

Ovidio menciona la costumbre de derramar vino puro en los cuernos del toro destinado para el sacrificio (Ou. *met.* VII 593-5; *fast.* I 357-60; IV 395). En las libaciones u ofrendas líquidas a los dioses se empleaba leche, miel, agua y sobre todo *merum* ‘vino puro’, acaso porque su color se asemeja a la sangre.

25. Theog. I 483: τὸ πρὶν ἔὼν σώφρων, τότε νήπιος (cf. Prop. II 33b,33-4; Harto Trujillo 1996: 278; Amat Flórez 2006).

Las referencias de Ovidio a este tipo de actos religiosos —halladas sobre todo en *Fastos*— dan poco margen a conjeturas, pues se limita el poeta a transmitir simples tradiciones. Se suele ofrendar vino —y a veces conjuntamente con incienso (*tura merumque*)— en honor a Apolo (Ou. *met.* XIII 636); a Jano (Ou. *fast.* I 172); a los parientes y al propio emperador (Ou. *fast.* II 635-8); al dios Término (Ou. *fast.* II 653) o al Genio con motivo del cumpleaños (cf. Tibull. II 2,8). Es al Genio de su mujer, Fabia, a quien Ovidio hace una ofrenda desde Tomis, para felicitarla por su cumpleaños y a tal fin le da indicaciones a un esclavo:

*Da mihi tura, puer, pingues facientia flammis,  
quodque pio fusum stridat in igne merum*

Dame incienso, muchacho, que hagan las llamas más grandes, y el vino puro que, derramado en el piadoso fuego, crepita (Ou. *trist.* V 5,11-2)

El motivo por el que se ofrendaba vino al Genio en el cumpleaños, nos lo cuenta Censorino, autor del s. III d.C. (cf. Hor. *od.* III 17,13-5):

*Funde merum genio. Hic forsitan quis quaerat, quid causae sit, ut merum fundendum genio, non hostia faciendum putauerit. Quod scilicet, ut Varro testatur in eo libro, cui titulus est Atticus id est de muneribus, id moris institutique maiores nostri tenuerunt, ut, cum die natali munus annale genio soluerent, manum a caede ac sanguine abstinerent, ne die, qua ipsi lucem accepissent, alii demerent*

Vierte vino puro por el Genio. Aquí quizá alguien se pregunte por qué motivo se piensa que se ha de derramar vino puro por el Genio en vez de sacrificarle una víctima. Según atestigua Varrón en su libro titulado *Ático*, es decir, *Sobre los regalos*, esto lo tenían nuestros antepasados como costumbre y algo establecido, de forma que, cuando hacían una ofrenda al Genio el día de su cumpleaños, mantuvieran sus manos alejadas de la muerte y de la sangre, para que en el día que ellos mismos habían recibido la luz, nadie la perdiese (Cens. 2)

En cuanto a las festividades, no es nuestra intención ser exhaustivos, puesto que, como ya hemos dicho, Ovidio se limita a describir aquellas vinculadas con Baco o en las que el vino es un elemento de los rituales, que por otra parte era en muchos de ellos. Por mencionar algunos ejemplos, en las fiestas de la diosa Tácita o Muta, celebradas en febrero, es una anciana la que vierte vino en el altar y el que sobra se lo bebe, por esa afición a la bebida que Ovidio le atribuye a las viejas (*fast.* II 571-82). Canta también la fiesta consagrada a Baco, *Liberalia*, que se celebra el 17 de marzo, que consiste en que una vieja deposita en los altares tortas endulzadas con miel —alimento descubierto por Baco— (*fast.* III 713-90;

*trist.* V 3). Y la fiesta *Vinalia*, el 23 de abril, en la que se ofrece vino a Júpiter para que proteja las viñas (*fast.* IV 863-900) y la *Vinalia rustica*, los días 19 y 20 de agosto, para proteger las cepas (cf. Varr. *ling.* VI 16; Plin. *nat.* XVIII 287).

En cuanto al dios Baco se podría pensar que, dada su importancia como inspirador de la poesía lírica y elegíaca, su vida y todas sus aventuras tendrían una presencia relevante en la obra de Ovidio, tan dado a las narraciones mitológicas. No obstante, como ya señalara Griffin (1995: 283), este dios aparece en la mitología como un *outsider*, es decir, como personaje secundario<sup>26</sup>.

##### 5. *El vino como símbolo de la elegía amorosa y como un recuerdo dulce en una situación amarga*

Desde el destierro apenas menciona Ovidio el vino y, si lo hace, es para recordar el que bebía en su juventud, en compañía de sus amigos y con intenciones más lúdicas que otra cosa. El vino, ahora desde el lúgubre lugar de su destierro, ya no lo entretiene, “no le gusta quedarse casi inconsciente por el excesivo vino hasta el amanecer”<sup>27</sup>, y esa palidez que entonces se mostraba en su rostro por el vino, ahora lo hace debido a la mala alimentación que debilita su cuerpo (*Pont.* I 10,27-30). No hay apenas vides en aquel remoto lugar, nadie cultiva el campo y el frío clima no lo permite. El vino que hay se congela y se debe cortar para ingerirlo (*trist.* III 10,23-4; *Pont.* IV 7,7-8; cf. Verg. *georg.* III 364). Si pudiera, Ovidio bebería el jugo de la flor de loto, como hicieran los compañeros de Ulises, para así olvidar sus desgracias (*Pont.* IV 10,19-20) ¿Para qué beber vino si no tiene a nadie con quien beberlo? ¿Para qué beber vino si ayuda a los amantes y él ya no tiene en la lejana Tomis a nadie a quien amar?

El poeta le dice a un lector anónimo que si es capaz de imaginarse su rostro, que no lo haga coronado con hojas de hiedra, pues esa es la planta de Baco y, por tanto, signos felices para poetas afortunados y no adecuado a su situación actual:

*Siquis habes nostri similes in imagine uultus,  
deme meis hederas, Bacchica sarta, comis.*

26. Narra Ovidio, por ejemplo, la historia de Ariadna que tras ser abandonada por Teseo en la isla de Naxos es recogida por Baco, que se le aparece en la playa subido en su carro tirado por panteras y acompañado de bacantes, sátiros y ninfas, y después la hace su esposa (*fast.* III 459-517). El poeta alude a este acontecimiento también en el *Arte de amar* (*ars* I 525-64), pero como preámbulo a las virtudes del vino en los banquetes, haciendo pues hincapié en la relación amorosa y no en el mito en sí.

27. *Pont.* I 5,45: *nec iuuat in lucem nimio marcescere uino.*

*Ista decent laetos felicia signa poetas:  
temporibus non est apta corona meis*

Si tú, quienquiera que seas, tienes en tu mente un retrato de mi rostro, quítame de mis cabellos la hiedra, corona consagrada a Baco<sup>28</sup>. Ese feliz símbolo conviene a los alegres poetas: no es esta corona adecuada a nuestros tiempos (Ou. *trist.* I 7,1-4)

Le dedica incluso un poema a Baco (*trist.* V 3), el dios que antaño le ayudó con sus versos, implorándole que convenza a Augusto para que le suavice el castigo de la relegación. Considera que se lo debe ya que él en su juventud fue uno de sus más fieles devotos (*trist.* V 3,15-6), lo cual no debe extrañar pues esta adoración a Baco —y también a Venus y a Cupido— tiene su razón de ser en el propio concepto que desde Catulo y los neotéricos se tenía de la poesía —lírica y elegíaca sobre todo— como producto del *otium*; algo que chocó con la mentalidad más tradicional romana, de ahí que, por ejemplo, Cicerón, defensor acérrimo del servicio público (*negotium*) a la República, despreciara a este grupo de poetas tildándolos de “revolucionarios” *poetae noui* (Cic. *or.* 161,6). Ovidio termina la elegía con un apóstrofe a los poetas, seguidores de este dios (cf. Ou. *ars* III 347-8; Hor. *epist.* II 2,78; Malaspina 1995: 9-10), para que brinden por él y recuerden así su infortunio:

*Vos quoque, consortes studii, pia turba, poëtae,  
haec eadem sumpto quisque rogare mero.  
Atque aliquis uestrum, Nasonis nomine dicto,  
adponat lacrimis pocula mixta suis,  
admonitusque mei, cum circumspexerit omnes,  
dicat 'ubi est nostri pars modo Naso chori?'*

También vosotros, poetas, compañeros de afición, turba piadosa, tomando vino rogad cada uno esto mismo: que alguno de vosotros, pronunciando el nombre de Nasón, ponga una copa mezclada con sus lágrimas y acordándose de mí, después de haber mirado a todos, diga: ¿Dónde está Nasón, hace poco un miembro de nuestro coro? (Ou. *trist.* V 3,47-52)

Se queja asimismo Ovidio de que determinadas diversiones como el juego o el vino ya no lo entretienen y no tiene nada que hacer en aquellas regiones bárbaras, salvo escribir, pues sus poemas son el único consuelo:

28. Los poetas líricos suelen llevar una corona de hiedra (*trist.* I 7,1-4; V 3,1-2), mientras que los épicos una de encina (Baeza Angulo 2006: 29).

*Excitat auditor studium laudataque uirtus  
crescit et inmensum gloria calcar habet.  
Hic mea cui recitem nisi flauis scripta Corallis  
quasque alias gentes barbarus Hister habet?  
Sed quid solus agam quaque infelicia perdam  
otia materia subripiamque diem?  
Nam quia nec uinum nec me tenet alea fallax  
per quae clam tacitum tempus abire solet  
nec me—quod cuperem, si per fera bella liceret—  
oblectat cultu terra nouata suo,  
quid nisi Pierides, solacia frigida, restant,  
non bene de nobis quae meruere deae?*

El oyente motiva el esfuerzo, la alabada virtud crece y la gloria posee un enorme estímulo. ¿A quién recitaré aquí mis versos, si no es a los rubios corales y a los demás pueblos que el bárbaro Histro acoge? Pero ¿qué puedo hacer, solo como me encuentro, en qué pasatiempo perderé mi triste ocio, cómo engañaré al día? Puesto que no me mantienen ocupado ni el vino ni los tramposos dados, en los que el silencioso tiempo suele en secreto pasar, ni me distrae la tierra —como lo desearía, si lo permitieran los feroces combates— renovada con su cultivo. ¿Qué me quedan sino las Piérides, frío consuelo, diosas que no han recibido lo merecido de nosotros?<sup>29</sup> (Ou. *Pont.* IV 2,39-42)

### 6. Los silencios ovidianos sobre el vino

La mayoría de veces que Ovidio alude al vino lo hace bien con los términos latinos *uinum* (y su plural *uina*) y *merum*, o bien metonímicamente con el teónimo Baco (*met.* IV 765; VI 488; VII 450; XII 578; XIII 640; *fast.* III 301; V 264) o sus epítetos Liber, Lico o Nictelio (*ars* I 567; III 765; *Pont.* I 10,29). El *mulsum* ‘vino endulzado con miel’ era más propio del principio del banquete, de la *gustatio* (Hor. *sat.* II 4,24-7); por ello Ovidio no lo menciona, pues siempre que describe un *conuiuium* se refiere a la *comissatio*, la sobremesa, en la que los invitados, ya ebrios, se dan libremente a los juegos eróticos.

Cuanto Ovidio calla sobre el vino es muy revelador y denota un uso intencionado —narrativamente hablando— de esta bebida. Nada dice de la elaboración y calidad del vino, eso es algo más propio de prosistas como Catón, que esparce continuas indicaciones sobre ello en su *Tratado de agricultura*, y Plinio, quien

29. Como contrapunto a estos versos se podría citar la carta que Hero le dirige a Leandro, imaginándose en alguna tarea o afición típica de hombres, como cazar, pescar, labrar, cabalgar, ir al gimnasio o pasar la tarde bebiendo vino (Ou. *her.* 19,9-14).

le dedica al vino el libro XIV de su *Historia natural*, o de la poesía didáctica como las *Geórgicas* de Virgilio (II 259-419). Más bien alude al contexto —a un lugar y momento determinados—, a los efectos que produce en quien lo bebe y en sus posibilidades en las relaciones amorosas. El tema del vino está, por tanto, supeditado a un objetivo más amplio: al flirteo en sus primeras obras, a las fiestas y ritos en sus obras de madurez y al dolor del destierro en las últimas. Estas omisiones ayudan a concebir el vino de un modo general, pues se entiende como una bebida adecuada para hombres y mujeres, para ricos y pobres, sin distinción de ningún tipo; al igual que sus versos. Horacio, en cambio, al citar vinos de los más sabrosos y costosos como el Cécubo, Falerno o Másico, hace que la gente corriente —no habituada a tales exquisiteces— no se identifique con sus versos (Hor. *epod.* 9,1-5; *od.* I 20,9-10; 27,10; II 11,19; *sat.* II 4,51-5...; Luisi 2005: 160-3). Esta actitud *elitista* del poeta de Venusia en cuanto al vino, es reflejo de su concepción poética. De hecho él mismo proclama no querer que sus libros estén en las librerías para que los soben las sudorosas manos del vulgo (Hor. *sat.* I 4,72: *manus insudet uulgi*) y prefiere desdeñar una turba de lectores y quedarse con unos pocos (Hor. *sat.* I 10,72-3).

Para mostrar el deseo de Ovidio de ser leído por el mayor número de personas posible, nos parece reveladora la descripción que hace de la fiesta en honor de Ana Perenna, que se celebra el 15 de marzo para conmemorar la primavera, en la que la plebe es la protagonista y en las orillas del Tíber, entre bailes, canciones y vino, disfruta como si no hubiese un mañana<sup>30</sup>:

*Plebs uenit ac uirides passim disiecta per herbas  
potat, et accumbit cum pare quisque sua.  
Sub Ioue pars durat, pauci tentoria ponunt,  
sunt quibus e ramis frondea facta casa est;  
pars, ubi pro rigidis calamos statuere columnis,  
desuper extentas imposuere togas.  
Sole tamen uinoque calent annosque precantur  
quot sumant cyathos, ad numerumque bibunt.  
Inuenies illic qui Nestoris ebibat annos,  
quae sit per calices facta Sibylla suos.*

30. Algo parecido sucede el 24 de junio, cuando se honra a la diosa Fortuna (Ou. *fast.* VI 771-84), y en abril, en la fiesta en honor a Flora (Ou. *fast.* V 331-54), en la que se bebe y baila sin cesar y se ciñen las sienes de los invitados con una corona de tilo: “[Flora] quiere que sus rituales estén abiertos a la masa popular” (Ou. *fast.* V 352: *uolt sua plebeio sacra patere choro*).

*Illic et cantant quicquid didicere theatri,  
 et iactant faciles ad sua uerba manus,  
 et ducunt posito duras cratera choreas,  
 cultaque diffusis saltat amica comis.  
 Cum redeunt, titubant et sunt spectacula uolgi,  
 et fortunatos obuia turba uocat.  
 Occurrit nuper (uisa est mihi digna relatu)  
 pompa: senem potum pota trahebat anus*

La plebe llega y, dispersa por doquier en la verde hierba, se pone a beber y cada uno se recuesta con su pareja. Unos pasan el tiempo bajo el sol, otros, los menos, montan una tienda e incluso hay quienes se hacen una pequeña cabaña con frondosas ramas. Algunos, han colocado cañas como si fueran rígidas columnas y encima han extendido sus togas. Se calientan, sin embargo, con sol y vino y se desean tantos años como copas toman, y beben contándolas. Por allí te encuentras a uno bebiendo tantas copas como años tenía Néstor, y a la que se vuelve una Sibila por la cantidad de copas que se bebe. Por allá también cantan lo que han aprendido en el teatro y aplauden con gráciles manos siguiendo la letra. Colocan una crátera en el suelo y realizan rudos bailes y una muchacha, vestida para la ocasión, baila con el pelo suelto. Cuando regresan, se tambalean y sirven de espectáculo para la gente y los grupos con quienes se encuentran los llaman afortunados. Hace poco me encontré con un desfile —me ha parecido digno de relatar—, en el que una vieja borracha arrastraba a un viejo borracho (Ov. *fast.* III 525-42)

Aunque el vino inspira animadas conversaciones, nada comenta Ovidio de las charlas que se producen en los banquetes. ¿Para qué, si lo importante es el lenguaje gestual, las señales ocultas entre hombre y mujer? Horacio, en cambio, menciona lo significativo de tratar temas interesantes en estas reuniones (Weeber 2005: 97-9):

*... ergo  
 sermo oritur, non de uillis domibusue alienis,  
 nec male necne Lepos saltet; sed, quod magis ad nos  
 pertinet et nescire malum est, agitamus, utrumne  
 diuitiis homines an sint uirtute beati,  
 quidue ad amicitias, usus rectumne, trahat nos  
 et quae sit natura boni summumque quid eius*

Entonces surge la conversación, no sobre las fincas o casas ajenas, ni de si el actor Lepos baila bien o no; sino que discutimos sobre aquello que más nos puede interesar y que es perjudicial no saber: por ejemplo de si son felices los hombres gracias a sus riquezas o a la virtud; qué es lo que nos induce a la amistad, si el interés o la rectitud; y cuál es la naturaleza del bien y cuál su forma más perfecta (Hor. *sat.* II 6,70-6)

En cuanto al cultivo de las vides tampoco hace referencia alguna, salvo desde el destierro para indicar que Tomis es una ciudad árida donde no crecen apenas árboles y, por tanto, no hay vides (Bérchez 2015: 107-11):

*cessat iners rigido terra relicta situ.  
Non hic pampinea dulcis latet uua sub umbra,  
nec cumulant altos feruida musta lacus.  
Poma negat regio, nec haberet Acontius in quo  
scriberet hic dominae uerba legenda suae.  
Aspiceres nudos sine fronde, sine arbore, campos:  
heu loca felici non adeunda uiro!  
Ergo tam late pateat cum maximus orbis,  
haec est in poenam terra reperta meam!*

La tierra, abandonada, estéril por el hielo del lugar, nada produce. La dulce uva no se mantiene aquí al abrigo de la sombra de los pámpanos, ni el espumoso mosto llena las profundas cubas. La región no ofrece manzana alguna y Aconcio no tendría dónde escribir las palabras que su amada debía leer. Podrías ver llanuras desnudas, sin follaje, sin árboles. ¡Ay, lugares a los que un hombre feliz no ha de acudir! Pues bien, aunque el inmenso orbe muestra una extensión tan amplia, esta es la tierra que se ha buscado para mi castigo (Ou. *trist.* III,10,70-8)

Nada dice de las virtudes medicinales que muchos le atribuían al vino (Real Torres 1992: 306-7; Sandei 2008: 1-4), ni apenas emplea metáforas médicas aludiendo a esta bebida, lo cual extraña dada la cantidad de estas metáforas que utiliza en todas sus composiciones y, sobre todo, en *Remedios contra el amor*, parodia de los manuales de medicina, para lo que sin lugar a dudas tuvo que leer muchos. Tan solo llega a decir: “Casi toda la medicina depende del tiempo: el vino dado a tiempo es útil, pero si no es en el momento adecuado es perjudicial”<sup>31</sup>. Esto se debe acaso a la voluntad del poeta de desligar del vino estas cualidades medicinales para identificarlo como ingrediente erótico o elemento poético.

En *Metamorfosis* apenas hay alusiones al vino y las que hay refieren las cualidades ya mentadas de quitar la vergüenza, como en el caso del incesto (*met.* X 348), o como causante de violencia, como le pasó al centauro Éurito, ya de por sí un ser mitológico violento, que debido al exceso de vino inició en mitad de un banquete de bodas una batalla campal (*met.* XII 295). El motivo de esta ausencia de alusiones al vino se debe, según Griffin (1995: 286-7), al tono solemne y a la dignidad del género épico.

31. Ou. *rem.* 131-2: *Temporis ars medicina fere est: data tempore prosunt, et data non apto tempore uina nocent.*

*Bibliografía*

- C. AMAT FLÓREZ, “Embriaguez y moderación en el consumo de vino en la Antigüedad”, *Iberia* 9 (2006), 125-142.
- A. ANGELA, *Amor y sexo en la antigua Roma*, La esfera de los libros, Madrid 2015 [trad. Alejandro Pradera].
- E. BAEZA ANGULO [introd. ed. crítica, trad. y not.], *Publio Ovidio Nasón. Tristezas*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2005.
- E. BÉRCHEZ CASTAÑO, *El destierro de Ovidio en Tomis: Realidad y ficción*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia 2015.
- M. BETTINI, “*In vinum stuprum*”, O. Murray y M. Tecusan eds., *In vino veritas*, Oxford 1995, 224-235.
- J. CARCOPINO, *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del imperio*, Temas de hoy, Madrid 1998 [trad. Mercedes Fernández Cuesta].
- J. CASINOS MORA, “Pasión por el lujo y renovación moral en Roma en los inicios del Principado”, *Eclás* 147 (2015), 53-68.
- A. DALZELL, *The Criticism of Didactic Poetry: Essays on Lucretius, Vergil, and Ovid*, University of Toronto Press, Toronto-Búfalo-Londres 1996.
- G. DAVIS, “Wine and the symposium”, S. Harrison ed., *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge University Press, 2007, 207-220.
- F. GARCÍA ROMERO, “‘En la saciedad está Afrodita’. Historia de una proverbial, desde la Grecia antigua hasta nuestros días”, *Paremia* 25 (2016), 109-121.
- J. GRIFFIN, “*Regalis inter mensas laticemque Lyaeum*: Wine in Virgil and Others”, O. Murray y M. Tecusan eds., *In vino veritas*, Oxford 1995, 283-296.
- J. GUILLÉN, *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos. II La vida pública*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1986 (en especial pp. 260-81).
- M<sup>a</sup>.L. HARTO TRUJILLO, “Vino y amor en la literatura latina”, *AEFUE* 19 (1996), 277-287.
- R. HERNÁNDEZ PÉREZ, *Poesía Latina sepulcral de la Hispania romana: estudio de los tópicos y sus formulaciones*, Universitat de València, Valencia 2001.
- H.W. JOHNSTON, *La vida en la antigua Roma*, Alianza, Madrid 2010 [trad. Joaquín Pastor].
- R. LING, “The Decoration of Roman *Triclinia*”, O. Murray y M. Tecusan eds., *In vino veritas*, Oxford 1995, 239-251.
- A. LUISI, “Vino ed emozioni in Ovidio”, S. Santelia ed., *Italia e Romania: storia, cultura e civiltà a confronto. Atti del IV Convegno di Studi italo-romeno, Bari 21-23 ottobre 2002*, Bari 2004, 133-143.
- “Il vino neo poeti augustei”, *Paideia* LX (2005), 153-179.

- E. MALASPINA, “*Nimia ueritas*”. *Il vissuto quotidiano negli scritti esilici di Ovidio*, Herder, Roma 1995.
- C. REAL TORRES, “El vino como alimento y medicina en la sociedad romana”, *Fortunatae* 3, 305-314.
- M. ROLLER, “Horizontal women: posture and sex in the Roman *conuiuium*”, *AJPh* 124 (2003), 377-422.
- I. SANDEI, “Il vino nella società romana (maschile): la medicina, la *cena*, la sfera religiosa”, *Ager Veleias* 3.14 (2008), 1-14, <http://www.veleia.it> – (consultada el 21-feb.- 2016).
- F. SOCAS GAVILÁN, “Entre la moral y la estética: intenciones del maestro de amor”, J.L. Arcaz, G. Laguna Mariscal y A. Ramírez de Verger eds., *La obra amatoria de Ovidio. Aspectos textuales, interpretación literaria y pervivencia*, Ediciones Clásicas, Madrid 1996, 95-120.
- “Vino”, R. Moreno Soldevilla ed., *Diccionario de motivos amorios en la literatura latina (siglos III a.C. – II d.C.)*, Universidad de Huelva, *Exemplaria Classica, Anejo II*, Huelva 2011, 449-453.
- R. TOSI, *Dizionario delle sentenze latine e greche*, BUR, Milán 2013.
- K-W. WEEBER, *La vita notturna nell’antica Roma. Gli intrattenimenti degli antichi abitanti dell’Urbe dal tramonto all’alba, fra taverne, tavoli da gioco, incontri galanti, orge e banchetti*, Newton & Compton, Roma 2005 [trad. Sara Cortesia].
- Flirtare alla maniera degli antichi romani*, Apeiron, Roma 2011 [trad. Enrico Paventi].